



CAPITULO XLII

IMPRESIONES FINALES

Poder limitado del Gobierno.—Aseo universal.—Rasgos fisionómicos del pueblo, en particular del americano *pur sang*.—¿A dónde camina esa Nación?—Le sobra amor al dinero.—Debiera cultivar más su carácter moral.

—¿Qué es lo que más ha llamado su atención en nuestro país?—me preguntaba en Washington un distinguido americano.

Sin vacilar le contesté:

—Que las cosas parecen marchar aquí por sí solas, sin intervención de la autoridad pública. Acabo de atravesar el territorio de once Estados, en una línea de ochocientas leguas, sin tropezarme para nada con ningún alcalde, ni ninguna escolta, ni comisario, ni cobrador de peajes, y sin oír una corneta ni un tambor.

Sonrióse mi interrogador con la punta de los labios, y volviendo á mirar á otro personaje á su lado, con la mayor naturalidad, sin el menor acento de ironía, continuó:

—Sí es cierto. Pero parece que en su país también sucede lo mismo: ¿no es así?

Miréle fijamente, y encontrándole otra vez seria y grave la fisonomía:

—No exactamente lo mismo, pero . . .

Hubiera querido estar á mil leguas de distancia.

En efecto. Todo se mueve como automáticamente en ese país, y en ninguna parte ve uno señales de gobierno ó de autoridad. El espionaje y la intervención de la policía en todo, son insoportables, á veces, en Francia. En España la guardia municipal, los cobradores de derechos de consumos á la entrada de las ciudades, la infantería, caballería y artillería, le acompañan á uno á dondequiera. En Alemania, lo primero que se encuentra en las estaciones de los caminos de hierro es una figura estereotipada de casco reluciente, gran levitón abrochado con botones amarillos, sable arrastrando sobre una ruedecilla y bigotazos disformes. En los Estados Unidos no se ve el gobierno por parte alguna; pero se comprende que existe, porque todo está en orden.

El aseo es otro distintivo. Cuellos y puños blanquísimos, botines perfectamente lustrosos, la ropa bien cepillada, el sombrero enteramente nuevo, la barba acabada de afeitarse, el cabello bien peinado, son cosas que observa uno en la gente que encuentra en las calles y plazas. Los coches perfectamente limpios, los anillos y hebillas de los arneses relucientes, los vidrios bien frotados, los caballos gordos, lisos, acabados de salir del paso de la bruza y la almohaza. Las paredes de las casas recién blanqueadas, fresco el color de las puertas y ventanas, barridas dos ó tres veces al día las aceras y las calles. Los muebles, las cortinas y las alfombras de las casas sacudidos ó acepillados todos los días; las camas perfectamente aseadas, mudadas las sábanas y las fundas todos los días ó tres veces por semana. Agua fría y caliente, en las piezas de los hoteles; baños en todas las casas y á veces en todas las habitaciones. Pareciera que acaba de salir de ellos la gente que encuentra uno en los comedores.

A las veces se tropieza, principalmente en los pueblos pequeños, con sombreros á la Bolívar, casacas de punta de diamante, cuellos de cordero pascual y botines con suelas de dos pulgadas de espesor, pero siempre acepillados y limpios. De

las mujeres no se hable: todas parecen esposas del Ministro inglés; excepto que la expresión de la fisonomía es desdeñosa, ni los labios parecen estar pronunciando la palabra *shocking*. Sólo en Holanda se encuentra un gusto igual ó superior por el aseo, y eso explica tal vez la predilección particular del americano por el pueblo holandés. Ser de este origen es casi un título de nobleza en los Estados Unidos, pero de todos modos es una recomendación.

—¿De qué parte de los Estados Unidos le parece á usted que soy yo?—me preguntaba en España una señorita americana.

—De Boston, por supuesto, le contesté, creyendo dejarla complacida.

—No, señor; soy neoyorkina, me replicó; pero, ¿no le parece á usted que mi corte de cara es holandés?

En efecto, tenía la cara redonda, finísimo el cutis, la nariz algo roma, las mejillas prominentes y sonrosadas y la fisonomía plácida y tranquila como las que se encuentran en los cuadros de Rembrandt.

Difícil es dar una idea de la fisonomía dominante en el americano, á causa de la variedad de tipos producida por la inmigración extranjera. Serio y adusto el inglés, como escoltado por dos buques de guerra; bravo y de mal humor el irlandés, reconocible en la prolongación de la parte inferior de la cara, desde la base de la nariz hasta la punta de la barba; voluble, atento y desembarazado en los movimientos el francés, de alta estatura, cabello castaño ó rubio, fornido, con anteojos frecuentemente, y algo duro, el alemán; de semblante hostil, bigotes y patillas negros, que de lejos parecen dos puñales cruzados debajo de los ojos, el español; muy buen mozo y cortés, eso sí, visto de cerca. El americano *pur-sang* es reconocible en su estatura ligeramente superior á la mediana, el perfecto aseo, el cuerpo delgado, flexible, de movimientos rápidos y el aire absorbido en el pensamiento de los negocios. Siempre va de prisa; sin

mirar á las tiendas ó á las damas, como el francés; en los ferrocarriles es el primero que salta al andén, aun antes de que pare el movimiento del tren; en los vapores brinca al muelle cuando todavía faltan dos varas para unirse al costado de la embarcación; salta de los ómnibus á la calle sin que hayan parado los caballos; es el primero que toma asiento en la luneta del teatro, y se pone el sobretodo cinco minutos antes del desenlace del drama. Llega dos minutos antes que ningún otro al *buffet* ó mostrador en que se come de viaje en los ferrocarriles, toma la mejor pieza de gallina, escoge la mejor fruta, y para él nunca se agota el helado ó el postre. Toma el primer coche al bajar del tren y puede escoger la mejor pieza en el hotel. Compra á flote la mercancía de ultramar, vende su cosecha antes de haberla cogido, descuenta en el mismo día del otorgamiento los pagarés de sus deudores, y prepara todos sus negocios con seis meses de anticipación, sin perjuicio de coger al vuelo los que pasen á su alcance. Sus devaneos amorosos no duran más de una semana: propone casamiento el lunes y se casa el martes. Nace antes de seis meses de concebido, y probablemente muere la víspera, si con ello logra ahorrar algunos pesos. No porque sea avaro: al contrario; nunca su mujer tiene limitación alguna en los gastos, ni él regatea jamás en sus compras.

Esta pasión de los negocios, esta actividad devorante en el trabajo, determina los defectos de sus cualidades. Todo lo hace de prisa, á las veces festinado; en la mesa pasa entero los bocados, y por eso quizás la dispepsia es la enfermedad nacional; cultiva poco la sociedad doméstica y no es muy galante con la esposa, á la que deja en la más completa libertad: costumbre que podrá tener alguna parte en la frecuencia de los divorcios. No puede soportar la idea de que otro vaya delante de él; en los vapores de los ríos entra en lucha desenfrenada con los que le preceden por ganar la delantera, sin temor alguno de explosión de las calderas; otro tanto hace en el mar, hasta el punto de que, en su rivalidad con la línea inglesa de Cunard, la de Collins, americana, perdió sucesivamente en apuestas de velocidad todos sus vapores. Tratábase recientemente de ocupar con *ho-*

mesteads el territorio de Oklahoma, comprado á los indios; al sonar la hora de la ocupación yá habíá en las entradas cinco ó seis mil personas listas á penetrar y fundar establecimientos. Veinticuatro horas después yá estaba fundado un pueblo con casas de madera, trazadas las calles y plazas, levantado el plano del futuro acueducto, abierto el Banco, publicado el primer número de un diario, organizada la corporación municipal, abiertos los almacenes de mercancías y flameando la bandera estrellada sobre la fachada de un hotel organizado en sus múltiples pormenores.

El deseo de andar aprisa (*go ahead*) y el de hacer dinero (*make money*) son las dos divisas del americano, y ese espíritu ha contribuído poderosamente á la realización de sus asombrosos progresos. Empero, la unión de esas dos fuerzas es á propósito para descarriar á un pueblo; para convertirlo de un sér racional y sensible, en un autómeta del trabajo; de un trabajador honrado en un escamoteador de la fortuna ajena. Toda cualidad humana tiene sus límites, y el equilibrio entre ellas es una ley de perfección. El trabajo y el dinero no son un fin, sino un medio de conquistar la felicidad: convertirlos en objetos finales sería trastornar las leyes morales que presiden al destino y á la misión de la especie humana. No sólo de pan vive el hombre. Hay objetos trascendentales y eternos cuya contemplación levanta los caracteres y retempla el poder de las almas: hay sentimientos delicados que nacen del amor á lo pequeño y lo humilde en los cuales el corazón encuentra las fuentes de los goces más íntimos; la inteligencia, en fin, necesita remontarse á los mundos misteriosos de lo desconocido para traer de allá algo distinto de las preocupaciones vulgares de la vida ordinaria. Longfellow debería tener otros continuadores; Emerson más discípulos; Channing y Parker otros renuevos; Prescott y Motley más sucesores; la señora Beecher Stowe algunas continuadoras en la tarea de aplicar la inteligencia femenina,—no contaminada con las codicias ni con los odios, sino encendida por el fuego de la caridad—, á la solución de los grandes problemas sociales.

Tiempo es yá de levantar la mirada á otras regiones.

Sí; tiempo es yá para la mente americana de detenerse á investigar el término adonde conduce su carrera actual. ¿Pre-tende aislarse del resto de la humanidad, como China, para gozar sola de su prosperidad, sin hacer partícipe de ella al resto de la especie humana? ¿Irá más bien á extenderse, como el mundo Romano, á los últimos límites del Continente, por medio de la conquista y del aniquilamiento de las razas inferiores? O ¿dominará al fin—al favor de la benéfica influencia de su primera inspiración, representada en sus libres instituciones—la idea de constituir un mundo nuevo en que reinen la justicia y la paz, la caridad y el amor entre todos los hombres, sin acepción de razas, pueblos y religiones?

.....

De todas esas tres corrientes hay allí señales visibles.

La repugnancia á admitir las manufacturas de otros países y la inmigración extranjera, dan muestra de la primera.

Las adquisiciones sucesivas de territorio, la anexión de Tejas, la conquista de California y las revelaciones que un historiador americano reciente, Mr. Schouler, acaba de hacer acerca de la conducta de las administraciones de Jackson y Polk con relación á México, dejan poca duda respecto de la segunda (1).

(1) Después de referir que en el tratado sobre compra del territorio de la Florida á España, en 1820, la Administración de Mr. Monroe había hecho inútiles esfuerzos por obtener como límite entre los Estados Unidos y las posesiones españolas en México la línea del Río Grande (es decir, la adquisición de la mitad del territorio de Tejas); que Mr. Clay, como Secretario de Relaciones Exteriores en la Administración de Mr. John Quincy Adams, había dado instrucciones á Mr. Poinsett, Ministro Americano en México, para proponer la compra de ese mismo territorio, lo que éste no se atrevió á hacer, sabiendo que tal proposición causaría grande irritación entre los mexicanos y sería rechazada con toda seguridad, agrega este historiador:

“Aquí empieza un capítulo oscuro en nuestra historia nacional,— el primero de una política exterior todavía no iniciada y de tremendo alcance, cuyo autor fue Andrés Jackson. Anexación por medio de la fuerza, cuyo propósito específico fue la anexación de Tejas; anexación por medio de conquistas y de guerras costosas, cuyo último resultado fue la caída

del sistema social (el de la esclavitud), que estaba llamada á sostener. Esta anexación ó "reanexación", como se la llamaba en esos días, comprendía no sólo á Tejas, provincia de México, sino un Tejas sacado pedazo por pedazo, en una línea que se extendiese hasta el Océano Pacífico y que nos asegurase la posesión de la bahía de San Francisco".

Sigue refiriendo que, en 1829, Mr. Van Buren, Secretario de Relaciones Exteriores en la primera Administración del General Jackson, había aumentado de un millón á cinco millones de pesos el precio ofrecido por Tejas; y que en 1835, durante el segundo período ejecutivo del mismo Jackson, su nuevo Secretario, Mr. Forsyth, preparó una nueva proposición á México, para comprar todo el territorio comprendido entre el río Sabina (límite entonces entre los Estados Unidos y México), siguiendo el paralelo 37 de latitud Norte hasta el Pacífico, que también fue rechazada.

"Este es el punto en que la Administración de Jackson ha quedado expuesta á fuertes sospechas de perfidia. Sam Houston, reciente compañero de armas de Jackson, quien de Gobernador del Estado de Tennessee había caído súbitamente á la condición de un perdido, que abandonó su hogar y su familia por vivir entre los indios Cheroquis, entregado á la embriaguez, se presentó en Washington en busca de algún contrato relativo á la protección de los indios [1832]. Allí adquirió por lo pronto alguna notoriedad por haber abofeteado á un miembro de la Cámara de Representantes, lo que le valió la reprensión pública del Presidente de esta Corporación y una multa impuesta por la policía.

"Jackson, por vía de manifestación amistosa á un camarada en desgracia, envió á Houston á Tejas, poniéndolo, como lo mostró el resultado, en un nuevo camino de gloria y fama. Jackson bien sabía que Houston pensaba en revolución, y parece que los dos tennesianos concertaron un plan para traer á Tejas á la Unión Americana.

"A poco de la llegada de Houston, Tejas empezó á quejarse de opresión, [1833], sus pretendidos ciudadanos corrieron á las armas con el objeto de emanciparse, y un gobierno provisorio fue organizado en Austin, con Houston en calidad de Comandante en Jefe; quien inmediatamente, ofreciendo grandes recompensas, llamó voluntarios de los Estados Unidos en ayuda suya y con el objeto de sacudir el yugo del "usurpador mexicano" [el General Santana, Presidente de México].

"Nuestros dueños de esclavos, simpáticos á ese movimiento, habían enviado dinero, armas y municiones, y Nueva Orleans fue el sitio en donde públicamente se hicieron enganches de hombres en auxilio del ejército de Houston.

"Derrotado y prisionero Santana en San Jacinto, nuestro Presidente prestó otro auxilio á la estrategia de Houston, situando una fuerza del ejército americano, á órdenes del General Gaines, entre los ríos Sabina y Nueces [en el corazón de Tejas, territorio mexicano], con el pretexto de impedir la irrupción de indios salvajes al territorio de Luisiana.

"Al propio tiempo que ninguna de esas expediciones organizadas en Nueva Orleans había sido impedida, cuando el Gobierno mexicano reclamó contra esa abierta violación de la neutralidad, el nuestro contestó blandamente que no podía ser responsable por la conducta de individuos sobre quienes no tenía medios de obrar. En deferencia, sin embargo, á la expresión popular de nuestro periodismo, Jackson retiró las tropas, pero empleando como medio más efectivo de coerción contra México, el de reclamos por expoliaciones en perjuicio de ciudadanos americanos. Y en cuanto á pruebas de tales expoliaciones, Forsyth instruyó á nuestro Ministro que apurara el cobro de éstas, ofreciendo que las pruebas serían presentadas después".

(*History of the United States of America, under the constitution*, BY JAMES SCHOULER. Volum IV.—Chap. XIV. Págs. 247, 257. Washington—D. C.—William H. Morrison—1889). Omito otros pormenores no menos graves que pueden verse allí mismo.

De la tercera hay también señales, pero cada día más débiles. El actual Congreso Pan-americano de Washington, lejos de confirmarla, parece anunciar tendencias egoístas, visibles también en la pretensión á dominar el servicio de los canales interoceánicos en la América Central y Colombia.

La primera de estas tendencias es imposible en el estado actual del mundo. La China misma se ha visto obligada á abrir sus puertas al comercio universal. Pueden las masas americanas tener caprichos momentáneos; pero sería el fenómeno más inexplicable, el de que el pueblo más cosmopolita, la agregación más rara de hombres de diversos países, climas y razas viniese á dar ejemplo de repulsión á sus antes hermanos y conciudadanos. Esa ideas son suicidas, y pasarán.

La segunda sí es francamente temible. Con un presidente de menos energía que Mr. Lincoln al frente del Gobierno, la guerra civil de la secesión hubiera podido dejar semillas de preponderancia militar, el elemento más temible en las democracias. El General Grant, aunque de carácter modesto y pacífico, poco á propósito para iniciar empresas de ambición personal, quiso abrir la puerta á las conquistas con la adquisición de la bahía de Samaná, y tal vez de toda la isla de Santo Domingo. Tampoco mostró repugnancia á la idea de un tercer período presidencial. Con un Jackson en lugar de un Grant, las llamas de la guerra estarían quizás ardiendo en ambas Américas.

Afortunadamente, también esa guerra civil, sostenida por las poblaciones del Norte en nombre de una idea desinteresada de caridad y filantropía, despertó nobles pensamientos y llevó las almas á la contemplación de altos ideales. El grito de guerra no fue ya de furor, venganza, exterminio; era un grito de enternecimiento que no he leído en la historia de ninguna otra guerra, salvo quizás la de la independencia de Grecia, ahora sesenta años, en la que también se oyeron mezcladas á las voces de muerte invocaciones á los amores del hogar. El grito de guerra del Norte parece que empezaba así:

Just before battle, mother,
We are thinking of thee.
Farewell, father, mother, sister:
We are thinking of thee.

(Al entrar en batalla, oh madre—Estamos pensando en ti—Adiós, padre, madre, hermana.—Estamos pensando en vosotros).

¡Cómo habían de sentir miedo á la muerte ni alimentar ideas perniciosas los guerreros que se creían sostenidos por la santa oración de las madres, la augusta bendición de los padres y el entrañable cariño de las hermanas y esposas!

También nuestros soldados de la independencia entraban al bautismo del fuego á la voz de

¡VIVA LA AMERICA LIBRE!

la América entera, desde la bahía de Baffin hasta Magallanes. Como en todos los grandes movimientos de opinión que á las veces sacuden el alma humana á la contemplación de grandes objetos, los corazones se ensanchaban á la vasta extensión de dos continentes y al amor de pueblos hermanos, distantes y casi desconocidos.

Sí; el amor al dinero necesita circunscribirse á más estrechos límites en los Estados Unidos. La predicación moral de sus filósofos debiera tomar más á pechos la idea de que la felicidad no consiste tanto en la satisfacción de los apetitos materiales, cuanto en la paz del alma, la moderación en los deseos y en el dulce calor, en el bienestar reflejado que nos viene al contacto de las almas amigas. Las religiones debieran levantarse con más fuerza del estrecho espíritu de secta, desprendiéndose de todo pensamiento de dominación temporal, á cultivar el sentimiento misterioso de solidaridad del hombre con la especie humana y con lo infinito del Universo, fuente inagotable de humildad y de adoración al Espíritu supremo que mantiene el orden eterno de los mundos.

El carácter americano necesita equilibrio entre las ideas individualista y nacional, fuertemente desarrolladas, y la idea de colectividad de la especie, que á las veces aparece oscurecida entre las nieblas. El egoísmo es pequeño: sólo es grande y durable lo que abarca la humanidad entera. De las riquezas materiales sólo suele quedar el testimonio de las ruinas; de la grandeza moral de un pueblo sobrevive una fulguración luminosa al través de los siglos, que sirve de fanal á generaciones sin cuento. "La prosperidad material continuada es con frecuencia funesta para un hombre; para una nación lo es siempre", dijo en una ocasión solemne uno de sus grandes oradores sagrados (1). El pueblo americano tiene que fundar sus títulos al respeto de la historia, no sólo en la acumulación de los millones, sino en la acumulación de los actos de desprendimiento, abnegación y justicia en favor de la humanidad.

(1) Teodoro Parker.



